

EL ENTUSIASMO Y SU AUSENCIA. APUNTES DE UN NUEVO PROFESOR.

Lautaro Dapelo

Graduado como *Profesor en Filosofía*, en Escuela Normal Superior N°2 “*Juan María Gutiérrez*” Provincial N°5

Resumen

El presente trabajo se compone de una serie de reflexiones en torno a la educación actual, basadas en la práctica laboral experimentada en los primeros pasos como docente de nivel secundario.

Se tratará el tema del entusiasmo como motor del aprendizaje; y cómo su ausencia provoca aburrimiento y desgano en los estudiantes, lo cual perjudica al proceso de enseñanza-aprendizaje.

El deseo como motor de la búsqueda; el desgano y el aburrimiento como la tierra sobre la que hay que sembrar; el esfuerzo de los docentes; el interés, tanto por parte de los docentes como de los estudiantes; el paso del tiempo sucesivo como cambio de la realidad de los sujetos que intervienen en el proceso; y la cuestión del fracaso, serán otros aspectos que estarán contemplados en este ensamble de reflexiones sobre la educación actual.

1- Introducción

El entusiasmo puede ser definido como una exaltación y excitación del ánimo por algo que causa interés, admiración o placer; o como sumo interés en algo, que lleva a poner en su logro mucho esfuerzo y empeño¹.

*“...lo que le atraía con una fuerza irresistible era una flor alta y de un azul luminoso, que estaba primero junto a la fuente y que le tocaba con sus hojas anchas y brillantes. En torno a ella había miles de flores de todos los colores, y su delicioso perfume impregnaba todo el aire. **El muchacho no veía otra cosa que la flor azul**, y la estuvo contemplando largo rato con indefinible ternura.”²*

El presente trabajo es una recopilación de pensamientos que giran en torno a la cuestión de la educación, tal y como se encuentra en los tiempos que corren, y en el espacio en el que se desarrolla. Especificando, es un análisis basado en experiencias vividas en el primer recorrido como profesor, en el año 2015, en la ciudad de Rosario, prov. de Santa Fe, República Argentina. La especificidad se debe a que es necesario tener en cuenta que las realidades educativas pueden variar en distintas regiones del planeta, así como también en distintos momentos históricos. Hoy en día, en este lugar, se observa lo que aquí sigue.

El eje de esta exposición será la cuestión del entusiasmo, y de su ausencia; cosa que se analizará como factor que estimula el aprendizaje, mientras que, cuando ésta se ausenta, se dificulta gravemente que el estudiante aprenda por su propio deseo.

El deseo como motor de la búsqueda; el desgano y el aburrimiento como la tierra sobre la que hay que sembrar; el esfuerzo de los docentes; el interés, tanto por parte de los docentes como de los estudiantes; el paso del tiempo sucesivo como cambio de la realidad de los sujetos que intervienen en el proceso; y la cuestión del fracaso, serán otros aspectos que estarán contemplados en este ensamble de reflexiones sobre la educación actual.

¹ Definiciones extraídas de Diccionario Babiloo (<http://www.babiloo-project.org>).

² NOVALIS, *Enrique de Ofterdingen*, Ed. Hyspamérica, Bs. As., 1982, p. 30.

2- Desarrollo

2.1- Estado actual de la educación

Pensando en tomar una decisión que marque la vida, uno se propone estudiar una carrera con todo el esfuerzo y la dedicación que esto implica para poder encaminar su futuro y su vida misma por un camino que pueda resultar disfrutable, y que esté abierto a la posibilidad de vivir experiencias amenas y enriquecedoras, y no tener que caer en el hastío de no poder hacer lo que uno disfruta, cosa que se puede considerar de lo más importante en nuestras vidas.

Con menos de un año de experiencia laboral en el campo de la docencia, se encuentra un espacio de trabajo digno de ser analizado por la cantidad de factores que intervienen en el proceso de enseñanza que se intenta, y se intentará proponer.

Nuevos docentes caen en el laberinto de la docencia esperando que el camino sea llevadero y deseoso de ser recorrido, con estudiantes ávidos de escuchar nuestras palabras y completar nuestras propuestas, y con la vocación en su punto máximo alimentada por el deseo de trabajar en aquello que apasiona. Pero uno se encuentra con una realidad no tan amena. Si bien no es absolutamente decadente y triste la situación de la educación en la actualidad, tampoco está en su mejor momento, y sobre esta realidad se debe trabajar.

Los estudiantes del nivel secundario de las escuelas de nuestra región, para generalizar, son individuos que cargan con sus propias subjetividades, como cada ser humano. Cada uno se maneja en la escuela -y en la vida- de la manera que cree correcta, según cómo fue criado, dependiendo de lo que él luego hizo con esta crianza, de su círculo de relaciones, y también de sus intereses y aspiraciones. Esto debe multiplicarse por el número de estudiantes que tenemos en las escuelas, y llegaremos a un número amplísimo, que se corresponde a los factores que intervienen en el acto educativo, convirtiéndolo en un fenómeno de extrema complejidad. En esta compleja red, es donde se inserta el docente, tanto el experimentado como el novel, y ambos deben sortear los obstáculos para lograr los aprendizajes deseados.

Pensando y analizando la situación de los alumnos en el aula lo que se puede vislumbrar, sin hacer demasiado esfuerzo, es la falta de deseo de prestar su atención al docente. Los estudiantes prefieren (nuevamente, haciendo la generalización que, como siempre, deja sujetos por fuera) hablar entre ellos, jugar, escuchar música, entre otras cosas, antes que prestar su oído y su silencio atento al docente, quien les trae nuevos conocimientos para compartir.

Lograr la atención de los alumnos es, quizás, el primer paso que todo docente debe dar en sus clases. Una vez que capta la atención, todo se vuelve más llevadero, y se convierte en un verdadero intercambio de conocimientos. Más adelante se volverá sobre este punto.

Se considera que la obligatoriedad en la educación media es un gran logro político -entendiendo político como un acto social-, que permite la inclusión de una gran cantidad de estudiantes que de otra manera no pueden acceder a la educación. Dejando de lado todo tipo de

discusión partidaria, o en base a si la educación debe o no ser obligatoria, nos encontramos con esta realidad ineludible en los tiempos actuales.

La educación no tiene una forma simple, sino que en ella intervienen sujetos de distintos tipos. No sólo hay que pensar en los alumnos, sino también en los docentes, y en su práctica laboral. Todo docente que tenga un real interés por brindar una enseñanza de calidad debe tener en cuenta este estado de cosas, esta obligatoriedad; y, con todo esto, esta no-elección por parte del alumnado y su falta de libertad, por lo menos en este aspecto. Si bien consideran a la educación como uno de los derechos primordiales para la vida humana, hay que reconocer que los alumnos asisten día a día a la escuela cuando, por más que entiendan que es un bien para ellos mismos, preferirían estar haciendo alguna otra cosa que implique un ocio mayor; mecanizando así su asistencia periódica a la escuela. Teniendo esto en cuenta se logrará ser consciente del estudiantado con el que el docente se encontrará en su práctica laboral: grupos de estudiantes sujetos a una obligación.

Aquí encontramos un punto fundamental para enfrentar la docencia de un modo amigable y fructífero: pensar en el sujeto que tenemos frente a nosotros; y ese sujeto es un estudiante aburrido y desganado, en general. Estos dos palos en la rueda del mecanismo educativo, el aburrimiento y el desgano, son los verdugos de todo posible entusiasmo que pueda llegar a nacer en un hecho educativo -y, abriendo el campo, en la vida misma-. Por lo tanto, hay que combatirlos.

El combate debe ser preparado con un arsenal pesado, el más pesado que pueda ser pensado: el humor. Una vez que se niega la afirmación del aburrimiento, la dialéctica desemboca en un entusiasmo, motor de todo interés y, por lo tanto, de todo aprendizaje.

El humor pareciera ser una mala palabra en este contexto de seriedad y de academicismo. Sin embargo, todo estudiante, todo joven, todo niño, todos aquellos que buscan disfrutar de la vida, los que aún son conscientes de que el juego es necesario para celebrar cada instante de plenitud, todos ellos buscan divertirse, buscan la diversión en cada momento, para no tener que caer en el tedio de la vida gris y adulta. Entonces, ¿por qué no orientarlos en la búsqueda y ofrecerles clases con pizcas de humor? Un humor espontáneo, o tal vez planeado y milimetrado, esto es indistinto. Lo que sí importa es que el estudiante tenga un deseo sincero de prestar su atención al docente, y la risa es una de las manifestaciones más sinceras de la propia subjetividad, y una manera de romper la barrera que, cual abismo, ha separado por decenas de años a dos tipos de sujetos dentro de un mismo ambiente, el aula: docente y estudiante.

Tampoco aquí proponemos que el docente se vista o actúe como un payaso, ni mucho menos. Simplemente, que escuche a sus alumnos, que los escuche con todos sus sentidos despiertos, y que intente absorber sus pedidos; y en la mayoría de los casos buscan divertirse; o, al menos, no aburrirse.

Creemos que en este esquivo del aburrimiento puede estar la falta de atención al docente, y la continua charla con sus compañeros/amigos, quienes se encuentran en la misma situación, compartiendo no sólo un ámbito de aprendizaje sino también algo que los une aún más: el escape del aburrimiento que los persigue. Y en estas instituciones con normas tan antiguas y rígidas, el aburrimiento camina ligero, le pisa los talones a los estudiantes, cuando no les gasta bromas llegando a quitarles el calzado.

“Se apodera del viajero un opresivo aburrimiento cuando éste, dondequiera que dirija el timón, encuentra por doquier la misma fisonomía en las ciudades y costumbres...”³

No sólo el alumno, sino también el docente promedio se encuentra acomodado en una posición de costumbre de la cual es difícil salir. Es por eso que los movimientos del timón, ir hacia distintas direcciones, encontrar nuevos caminos y recorrer nuevas ciudades, puede atraer al alumno y conducirlo por un camino donde pueda observar con deleite los nuevos paisajes que se le ofrecen. Entiéndase desde las metodologías de enseñanza.

“Sin duda el aburrimiento es el tormento del infierno, pues hasta ahora no he conocido otro mayor; (...) dime una pena que equivalga a este cáncer, que poco a poco devora el tiempo, y donde se cuenta minuto a minuto, donde son tan largos los días y tantas las horas...”⁴

Si el aburrimiento es el tormento del infierno, y si un estudiante se aburre en la escuela, ¿se lo está condenando al infierno, aquí en la Tierra? ¿Cuál es el pecado de los estudiantes para merecer tal castigo? Creemos que son inocentes, a tal punto que el docente debe esforzarse por hacer como Orfeo, y rescatarlos del infierno. El docente puede mirar hacia atrás, debe estar atento para que ninguno se pierda. Pero no debemos temer, porque si nos esforzamos por salvarlos, si nuestro deseo es sincero, ellos nos seguirán.

2.2- Consciencia del tiempo sucesivo

Entendiendo la realidad como constante devenir, como paso de un tiempo sucesivo, la educación no quedaría excluida de esta realidad. Los tiempos cambian y con ellos cambian los sujetos involucrados en cada sector relacionado con la educación, desde docentes y alumnos hasta personal no-docente, padres, autoridades del colegio, gobierno de turno, etc., etc., etc.

En estas sucesiones temporales no podemos negar el cambio; pensemos en que, por ejemplo, las horas y los días cambian, los meses y los años, cambia nuestro aspecto físico, nuestro humor, nuestros sentimientos, entre tantas otras cosas. Cada uno de nosotros muta en la

³ EICHENDORFF, citado por SAFRANSKI, R., *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*, Tusquets, Bs. As., 2012, p. 181.

⁴ TIECK, L., citado por SAFRANSKI, R., *Op. Cit.*, p. 183.

continuidad de los instantes, no se es idéntico al estado del ser en el que se encontraba en otro momento (quizás simplemente porque su existencia se encuentra posicionada en otro minuto y/o en otro lugar físico, que no es el mismo en el que estuvo durante toda su vida), y en ese mínimo cambio ya se modifica algo en la constitución subjetiva de uno mismo.

Si un simple segundo, o un mínimo movimiento como mover un pie ya nos modifica, ¿por qué pensaríamos que los sujetos de la educación van a permanecer idénticos en el tiempo? Los estudiantes comienzan y terminan sus estudios; los docentes comienzan a enseñar y se jubilan. Se puede constatar que en el proceso de las experiencias vividas, tanto estudiantes como docentes, van mutando con el tiempo. Cambian sus pensamientos, sus metodologías, sus objetivos, sus intereses.

Ampliando el panorama, también cambia la realidad social de los individuos; es decir, cambian los gobiernos, cambia la situación del país, cambian las ideologías, las formas de vida, los acentos que pone la sociedad misma, etc. Un ejemplo del cambio temporal es la aparición de las nuevas tecnologías y, entre ellas, los celulares. Estos últimos superan en número a la cantidad de habitantes del planeta, ¿cómo podemos pensar siquiera en dejarlos de lado?

*“- Sí, puede ser que tenga talento, pero me falta vida... entusiasmo...”*⁵

Las tecnologías y la falta de atención no solamente se encuentran en los estudiantes. En uno de los reemplazos que he realizado⁶ durante este año, un alumno se autodefinía como “vago”. Se divertía con el hecho de que le copiaba a sus compañeras, con el permiso de éstas, y que así le iba bien en la escuela, con notas promedio. De pronto comenzó a hablar sobre una profesora que siempre llegaba al salón y que les daba un ejercicio, casi sin explicarlo, y se sentaba en su asiento y usaba durante toda la clase su celular, dejando así libres también a los alumnos. Tomo el ejemplo, porque mientras me contaba esto, el alumno comenzó a enojarse y a destilar una rabia contenida, diciendo que esta profesora no se interesaba en los alumnos y en su aprendizaje, con una euforia que me sorprendió. Quedé pasmado. Luego, le hice notar al estudiante que tome consciencia de que él, en realidad, no es “vago”, o por lo menos no tanto como lo cree, o le hacen creer. Sino, que no está suficientemente estimulado por sus profesores para que pueda desarrollar sus conocimientos, y así la educación pueda cobrar un sentido real. Salí del salón de clases pensando: con docentes desinteresados por dar una clase, ¿cómo podemos esperar que los alumnos se interesen por lo que se les pretende enseñar, o compartir?

Volvemos a la cuestión del tiempo sucesivo, para plantear -como conclusión de este apartado- que no debemos olvidar que los tiempos cambian, que los sujetos de la educación son distintos, que traen nuevos conocimientos desde sus hogares, que las tecnologías las manejan, y

⁵ ARLT, R., *Los siete locos*, Círculo de lectores, Arg., 1974, p. 66.

⁶ Anécdota personal.

no dejarán de manejarlas, que no podemos prohibirles lo que hoy en día constituye casi una parte más de sus cuerpos: los celulares, que debemos intentar trabajar con estos en cuanto sea posible y usarlos de alguna manera didáctica, que no debemos ponernos en contra de las tradiciones -por nuevas que sean- en las que los estudiantes están inmersos, y que, tal vez resumiendo todo lo anterior, debemos entrar en su realidad, en el mundo en el que ellos se encuentran, y desde allí intentar compartir las enseñanzas y los aprendizajes.

2.3- El entusiasmo como motor del aprendizaje

“Quien está poseído por el entusiasmo expresa su vida superior en todas sus funciones.”⁷

A lo largo de nuestras vidas pasamos por experiencias de los más diversos tipos. Nosotros mismos vamos eligiendo el camino que deseamos tomar, de acuerdo a nuestros intereses. Pero para conocer este camino, debemos ser conscientes de cuáles son los intereses que nos mueven a vivir y a tomar las decisiones que tomamos.

La tesis del presente trabajo enuncia que el entusiasmo es el motor del aprendizaje. Porque, también, es motor de la vida, de una vida digna de ser vivida, de una vida sincera, embriagada de goce y de satisfacciones por haber tomado decisiones de acuerdo a lo que nuestra constitución subjetiva y nuestras pasiones nos dictan, y que este entusiasmo, buscando la especificidad del trabajo, es esencial para el aprendizaje de los conocimientos que buscan compartirse en la escuela, porque implica que los estudiantes tengan un deseo y un estímulo por aprender lo que se les enseña.

Es imposible escapar de la subjetividad: somos seres absolutamente subjetivos. Nuestro punto de vista jamás coincidirá con el de algún otro en su plena totalidad. No se dirá más sobre esto. Se busca remarcar que cada uno de nosotros es idéntico a sí mismo y a nada más, en absoluto. Más aún, uno es idéntico a sí mismo en el preciso instante en el que se da esta identidad, en un instante determinado, fuera de la línea temporal sucesiva, en un instante que compone la totalidad de la realidad de un momento preciso; remarco: preciso. En ese instante, uno es idéntico a sí mismo. Sin embargo, el *uno* de ese instante ya deja de ser idéntico al *uno* del instante posterior -de la línea del tiempo sucesivo-, cuando la cuarta dimensión (temporal) aparece y nos modifica.

“El tiempo es la sustancia de que estoy hecho. El tiempo es un río que me arrebató, pero yo soy el río; es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre; es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego.”⁸

⁷ NOVALIS, *Estudios sobre Fichte y otros escritos*, Ed. Akal, Madrid, 2007, p. 226.

⁸ BORGES, J. L., *Antología personal*, Ed. Sol 90, Barcelona, 2001, p. 54.

Somos tiempo cuando nos consideramos modificados por el río heraclíteo que todo se lleva, que todo arrasa a su paso; pero también somos el *logos* que permanece inmutable a ese cambio constante; y me arriesgo a decir que lo inmutable en cada uno de nosotros es aquello que nos apasiona y nos entusiasma.

Luego de la digresión (necesaria para resaltar la cuestión de la subjetividad) vuelvo al cauce de mi trabajo.

Uno, cuando se entusiasma por algo, encierra su esfera subjetiva y se concentra en aquello que lo entusiasma. Como anunciaba la definición de esta palabra que figura al comienzo del presente trabajo, el entusiasmo es un *“Sumo interés en algo, que lleva a poner en su logro mucho esfuerzo y empeño.”* Entonces, ¿qué mejor que nuestros alumnos se encuentren entusiasmados?

Un estudiante aburrido jamás logrará aprender lo que el docente pretende enseñar, porque no se encuentra predispuesto a recibir con gusto lo que se le quiere enseñar. No se caerá en la ingenuidad de pensar que a todos los estudiantes les interesan las mismas cosas. Sin embargo, todo contenido a transmitir puede ser orientado desde una búsqueda del entusiasmo, una búsqueda de que el alumno desee interiorizarse en el tema.

Una vez que logramos que el alumno se adentre en nuestras palabras, que nos siga el hilo de lo que estamos diciendo, el aprendizaje será ampliamente más rico en diversos aspectos: el estudiante se encontrará ávido de recibir información, el docente encontrará un ámbito de mayor amenidad en el cual transmitir sus conocimientos, el clima áulico no estará tan viciado por las malas energías de quienes no tienen interés alguno en el tema del que se habla, los estudiantes prestarán una atención sincera al docente, entre otros.

Ahora bien, ¿cómo podemos hacer para generar entusiasmo en nuestros alumnos? Todo depende de la manera en la que nos posicionamos ante el curso. El docente, no solamente es docente, y hay que reconocerlo, sino también un *performer*, un actor teatral que pretende ser visto, escuchado, un actor que busca llamar la atención de los espectadores para exponer el resultado de su trabajo realizado durante largo tiempo, en el cual destinó un gran esfuerzo. El docente se coloca en un escenario en cada clase, actúa su propio unipersonal en cada oportunidad, está sólo frente a una multitud adversa, adolescente, estudiantes aburridos y desganados. El docente debe utilizar herramientas teatrales⁹ (aunque no lo sepa, y no las conozca) para focalizar la atención de los estudiantes en su persona.

⁹ En la puesta en escena teatral, se utilizan distintos recursos para mantener la inquietud de los espectadores. Se nombrarán algunas, que el docente puede tener en cuenta, como para generar una mayor atención en sus alumnos: Los cambios de intensidad, no tener un discurso monótono, ni tampoco proponer una monotonía en las actividades; giros inesperados, que descolocan y obligan a pensar hacia dónde quiere ir el que ha girado el timón, aunque el actor/docente sabe que en realidad se dirige al mismo lugar que antes; romper la cuarta pared, mirar a los espectadores/alumnos para acercarlos a lo que se está diciendo; entre otras cosas. (Las propuestas precedentes son análisis de quien aquí escribe, sobre la teoría teatral.)

La situación ideal en el momento de enseñanza-aprendizaje sucede cuando los alumnos fijan su atención en lo que el docente está diciendo, cuando hay complicidad entre ambos sujetos, y cuando ambos desean compartir los conocimientos. Teniendo en cuenta la realidad de nuestro sistema educativo, esta situación no se da por sí sola. El docente debe generarla, debe esforzarse por lograr momentos de este tipo, y así asegurar, o por lo menos proporcionar de una manera amigable, que el estudiante incorpore los conocimientos que se intentan transmitir.

Es importante que el estudiante pueda ser original en su aprendizaje, y pueda conocer sus propios tiempos, y sus propios intereses. Un estudiante entusiasmado será –o, al menos, lo intentará- consciente de su propio estado actual, conocerá sus tiempos, conocerá cuáles son los temas de su mayor interés, etc. El entusiasmo lleva a la creatividad, a profundizar en la originalidad de la subjetividad, lo que constituye nuestra identidad.

Ahora bien, si el docente que se para frente al curso es un actor al que no le interesa actuar, que lo hace simplemente por el salario que recibe cada vez que comienza el mes, jamás logrará el efecto de que el estudiante se interese *sinceramente* en las palabras del docente. Y eso merece. Un docente que no se esfuerza por el aprendizaje de sus alumnos es, me atrevo a decir, un mal docente, y debería avergonzarse ante la mirada de la sociedad. En este sentido, el esfuerzo es otro motor de la enseñanza.

Una cosa es no esforzarse por lograr que el alumno aprenda, lo cual creo que es deplorable, una falta de respeto al estudiante y a la profesión misma. Otra cosa, es esforzarse y no lograrlo, no encontrar la manera. A pesar de no poder llamar la atención de los alumnos, y de no despertar su interés, un docente que lo intenta, aunque no lo consiga, en algún momento su esfuerzo dará frutos. No hay que sentirse fracasado, no hay que rendirse. No se fracasa, porque el tiempo es sucesivo, y siempre proveerá nuevas oportunidades.

Para intentar lograr que el estudiante se entusiasme con nuestro tema a enseñar, debemos mostrarnos entusiasmados nosotros mismos, como profesores, para que este entusiasmo se transfiera a través de los sujetos de la educación. Cuando un alumno observa que su docente le ha preparado una clase, que busca diversos medios para lograr que aprenda, que no le es indiferente a su crecimiento, se puede conjeturar que en la mayoría de los casos el proceso educativo será altamente beneficioso.

La tarea del docente, entonces, además de incorporar sus propios conocimientos para luego transmitirlos a los estudiantes, de intentar llamar la atención a sus alumnos, de buscar maneras de lograr clases amenas e interesantes para ambos, será también la de generar estímulos en los estudiantes, otorgarles posibilidades de crecimiento, depositar confianza en ellos para que se sientan cómodos en el arduo camino del conocimiento, que tantas veces resulta tan aburrido.

3- Conclusión

Se entiende que sin entusiasmo la educación se vuelve pesada y aburrida para los estudiantes. El aburrimiento y el desgano deben erradicarse, o al menos ser conscientes de ellos e intentar abolirlos. El humor es un recurso válido y honesto, así como tantos otros. Lo que aquí se propone es detectar el aburrimiento e intentar eliminarlo, o transformarlo en entusiasmo.

Se pretende proponer, con el presente trabajo, que el docente plantee sus clases orientándolas hacia la búsqueda de generar entusiasmo en los estudiantes, cosa que también entusiasmará al mismo docente. También el docente mismo debe buscar entusiasmarse con los contenidos a enseñar.

La educación es una búsqueda. No hay recetas. Pero sí hay ingredientes, y cada docente debe preparar, teniendo en cuenta la diversidad de cursos con los que se encontrará, la receta que crea acorde para cada momento, para cada clase, para cada tema, y para cada estudiante, y/o grupo de estudiantes.